

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

12, 19, 26 de septiembre, 3 de octubre de 2021

MD 2021 / 12

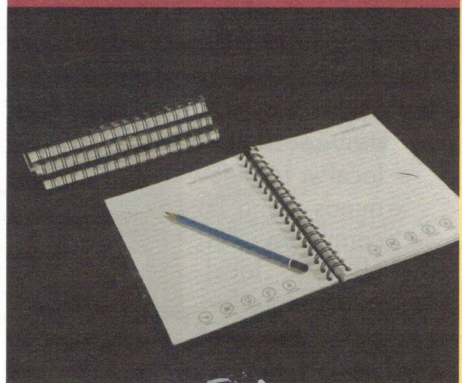
UN NUEVO INICIO DE CURSO

Los próximos domingos quedarán marcados por el fin de las vacaciones, el retorno de los feligreses habituales, el final del verano y el inicio de un nuevo curso escolar (en todos sus niveles: desde primaria hasta la universidad) y también por la reanudación de todas las actividades parroquiales: catequesis, ayuda fraterna, consejo pastoral, responsables de economía, grupo de liturgia, etc.

No dejemos de transmitir a nuestras comunidades esta inquietud por la programación de un nuevo curso —y que Dios quiera que sea ya definitivamente sin pandemia de coronavirus—. Animemos a nuestras comunidades para hacer una programación de formación y continuar un calendario de 10 meses. Que todos se compren una libreta nueva, que todos se propongan la lectura de un evangelio o del seguimiento atento de un libro de espiritualidad o de teología, o de un ciclo de conferencias. La formación no es solo para los más pequeños de la catequesis, sino que hay que insistir en una formación permanente y continuada de todos los fieles.

También sería conveniente programar alguna formación de tipo litúrgico, tanto en lo relativo a contenidos fundamentales que entran en juego en nuestras celebraciones y poder profundizar en ellos (disposiciones, intenciones, palabras, silencios, gestos, etc.), como en lo relativo a algunas cuestiones más prácticas, como pueden ser cursillos para lectores y monitores, plantear nuevos cantos y ensayarlos con los directores y músicos, cuidar la ornamentación y los espacios celebrativos y de oración, etc.

D. 24 del tiempo ordinario / B
D. 25 del tiempo ordinario / B
D. 26 del tiempo ordinario / B
D. 27 del tiempo ordinario / B

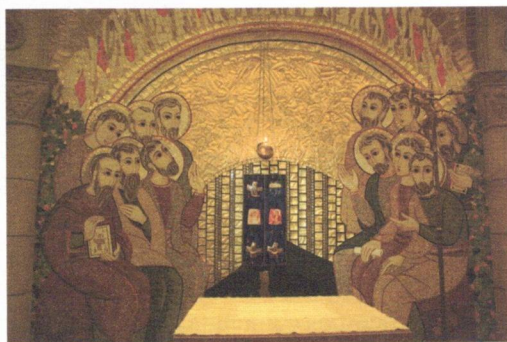


EL COLEGIO APOSTÓLICO LOCAL

Dependiendo de cómo se lea, este título puede confundir o levantar sospechas de que el autor se ha equivocado. ¿Hay un *colegio apostólico local*? Si buscamos información en san Ignacio de Antioquía encontramos: «Seguid todos el ejemplo del obispo, como Jesucristo el del Padre, y el ejemplo del presbiterio como el de los Apóstoles» (IgEsm 8,1). Por lo tanto, tenemos relacionado el obispo con Jesucristo y el presbiterio con los Apóstoles. Entonces podemos hablar del colegio apostólico local si lo definimos como la comunión del obispo local con su presbiterio, teniendo presente que

la Iglesia tiene como fundamento a la vez Cristo (1Cor 3,11) y los Apóstoles (Ef 2,20; Ap 21,14), y sabiendo que es el Espíritu Santo el que garantiza este doble fundamento. Por eso aparece el trono común en los presbiterios de las antiguas iglesias catedrales (donde está la *cátedra*, la sede del obispo) y por eso en cada ordenación presbiteral, el obispo *junto con su presbiterio* presente imponen las manos al ordenado presbítero: «La unidad del presbiterio encuentra una expresión litúrgica en la costumbre de que los presbíteros impongan a su vez las manos, después

del obispo, durante el rito de la ordenación» (CEC 1568). Un hecho que constituye la existencia de todo presbítero: su vínculo sacramental con los demás presbíteros y su obispo, y por eso, tal como afirma el Vaticano II, *co-gobiernan* (PO 2) la Iglesia local. Y para poder hacerlo está el *Consejo presbiteral* (cf. PO 7), que es como el *colegio apostólico* alrededor de Cristo en el ámbito de una Iglesia local.



¿Qué quiero decir con esta entrada de caballo? En primer lugar, que el obispo local debe contar con su presbiterio, como Cristo cuenta con los Doce Apóstoles para que estén con

él, enviarlos a predicar el Evangelio del Reino y luchen contra las fuerzas del mal (cf. Mc 3,14-15). En segundo lugar, porque un presbítero al frente de una comunidad no es obispo: no ha recibido el don del episcopado, y, por lo tanto, no puede hacer determinadas cosas sin contar con su obispo y los demás compañeros presbíteros. Y en tercer lugar, ya que es el momento de que el consejo presbiteral sea el órgano de gobierno de cada diócesis por su bien y por la edificación de la Iglesia local como comunión (unidad en la diversidad), y para que el Evangelio llegue a todos los rincones (ámbitos, periferias) de la diócesis.

Sin embargo, perdura un talante que sin el párroco no se puede hacer nada en una comunidad local. Y que el obispo no necesita ni el consejo ni el discernimiento de su *colegio apostólico local*. Es necesario que las y los miembros de cada diócesis (todas las personas bautizadas del lugar) ayuden al propio párroco para que no olvide que forma parte de un presbiterio local. Y también que las y los miembros de cada diócesis acompañen a su obispo a ser fiel al don recibido y a no prescindir en el gobierno del consejo y del discernimiento del presbiterio, y a consultar y tener presente el sentido de la fe del Pueblo santo local de Dios. Por los sacramentos de la iniciación cristiana el Espíritu es activo y operante en cada miembro del pueblo santo de Dios y, por lo tanto, la famosa frase: «Espíritu, ¿qué dices a nuestra Iglesia?», significa escuchar qué

dice el Pueblo santo del lugar de Dios a través de los organismos sinodales locales. Y cuando el obispo diocesano debe decidir algo importante que afecte a la comunión diocesana tiene el consejo del presbiterio, ya que cada presbítero ha recibido en la ordenación el don de aconsejar y discernir en la acción de gobierno y en el mantenimiento de la comunión diocesana. Y es preocupante que se aproveche el don del Espíritu recibido tanto en lo referente a la activación del sentido de la fe de los fieles como para el *co-gobierno* del colegio apostólico local. ¿Y los diáconos? Los diáconos han recibido el don de asistir al obispo y el *colegio apostólico local* en el anuncio del Evangelio a los pobres y en el servicio a la diócesis. Y asistirle como Jesucristo sirve a la Palabra, a la Liturgia y a la Solidaridad (cf. LG 29).

JAUME FONTBONA

JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO

26 de septiembre de 2021

La Iglesia celebra la Jornada Mundial del Migrante desde el año 1914. En aquel año el papa Benedicto XV, conocido por ser el promotor de la paz cuando estalló en Europa la Primera Guerra Mundial, creó esta jornada pensando en la cantidad de migrantes, sobre todo italianos, que tenían que superar numerosas dificultades al irse de sus casas. Así, el día 6 de diciembre de 1914, la Congregación Consistorial con la carta *El dolor y las preocupa-*

ciones instituyó esta jornada para orar por los migrantes italianos y obtener fondos para ayudarles. No fue hasta el año 1952 que la Constitución *Exul Familia* del papa Pío XII abrió la Jornada Mundial por los Migrantes, a los emigrantes de otras nacionalidades y otras lenguas del mundo. Finalmente, en el año 2004 el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Migrantes extendió esta Jornada a los Refugiados.

La fecha de esta Jornada, desde en-

tonces, ha cambiado. En 1928 se trasladó el día de esta jornada al primer Domingo de Adviento. En el año 2004 el papa san Juan Pablo II estableció que la celebración para toda la Iglesia católica fuera el primer domingo después de Epifanía, cuando esta se trasladaba al domingo, y el segundo domingo después de Epifanía, cuando esta se celebra el mismo 6 de enero. Y actualmente desde 2018, el papa Francisco trasladó la fecha de la celebración de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado al último domingo de septiembre.

En los mensajes de esta Jornada, el Concilio Vaticano II ha contribuido mucho en el reconocimiento de la dignidad como persona del migrante, con sus derechos y deberes; y como pleno sujeto de evangelización y protagonista del plan salvador de Dios, por delante de ser solo un destinatario de la caridad cristiana. Los migrantes y refugiados se convierten en los que nos dan la oportunidad de encontrarlos con Dios.

Este año celebramos la 107ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado con el lema: «Hacia un nosotros cada vez más grande» donde el papa Francisco nos recuerda que «todos estamos en la misma barca y estamos llamados a comprometernos para que no haya más muros que nos separen, que no haya más otros, sino solo un nosotros, grande como toda la humanidad». Ya la carta encíclica de la *Fratelli Tutti* nos decía: «Pasada la crisis sanitaria, la peor reacción sería la de caer aún más en una fiebre consumista

y en nuevas formas de autopreservación egoísta. Ojalá que al final ya no estén "los otros", sino solo un "nosotros"» (núm. 35). Vale la pena poder leer estos números del 37 al 41 de la *Fratelli Tutti* para entender el fenómeno de la migración y la visión que como Iglesia y seguidores de Cristo debemos aportar a este mundo.

Padre santo y amado,
tu Hijo Jesús nos enseñó
que hay una gran alegría en el cielo
cuando alguien que estaba perdido
es encontrado,
cuando alguien que había sido excluido,
rechazado o descartado
es acogido de nuevo en nuestro
nosotros,
que se vuelve así cada vez más
grande.

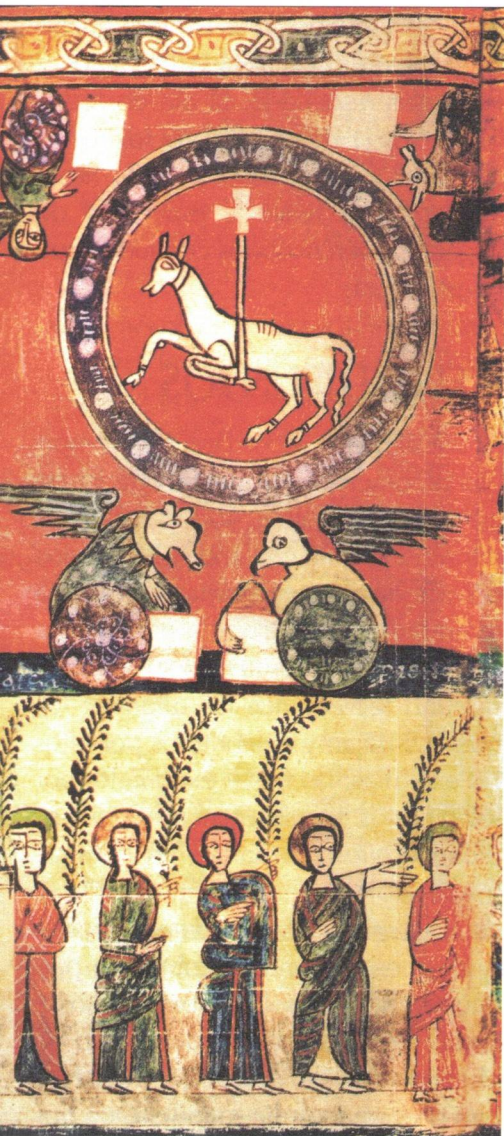
Te rogamos que concedas a todos los
discípulos de Jesús
y a todas las personas de buena
voluntad
la gracia de cumplir tu voluntad en el
mundo.

Bendice cada gesto de acogida y de
asistencia
que sitúa nuevamente a quien está en
el exilio
en el nosotros de la comunidad y de
la Iglesia,
para que nuestra tierra pueda ser,
tal y como Tú la creaste,
la casa común de todos los hermanos
y hermanas. Amén.

(Oración de la 107ª Jornada del Migrante y del Refugiado)

DAVID ÁLVAREZ

TODOS LOS SANTOS Y FIELES DIFUNTOS



Cordero de Dios del *Beatus* de La Seu d'Urgell, del siglo X, del Museo Diocesano de Urgell

El mes de noviembre empieza con dos días dedicados a mirar más allá de la vida de este mundo: el día 1, la solemnidad de Todos los Santos; y al día siguiente, el día 2, la conmemoración de los Fieles Difuntos. Son dos fiestas ciertamente relacionadas, y complementarias, porque hablan de la esperanza cristiana de la vida por siempre. Pero cada una tiene su significado propio y vale la pena no mezclar ni confundir su significado.

A nivel popular, lo que pesa más es, sin duda, la conmemoración de los difuntos, por dos motivos: primero, porque los difuntos son un recuerdo más cercano, más vinculado a nuestra vida personal; y segundo, porque el día de Todos los Santos, que es festivo, muchas personas aprovechan para visitar los cementerios.

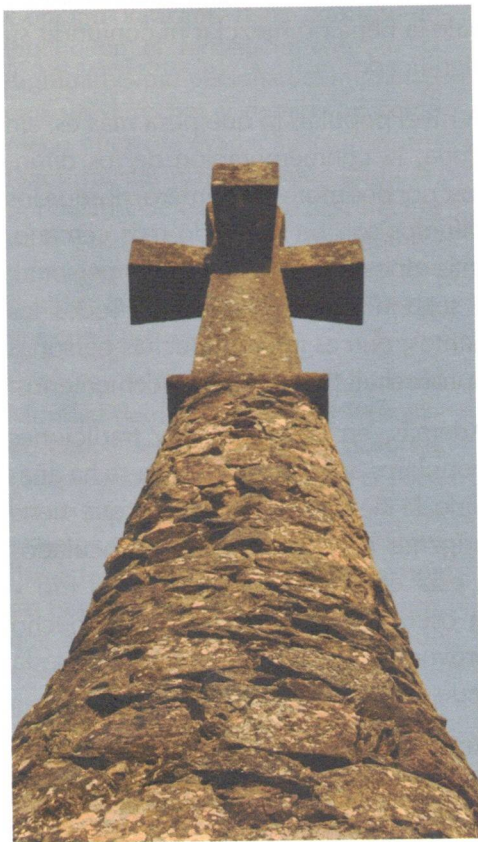
Además, en estos días hay tradiciones populares arraigadas. Y ahora se ha añadido la fiesta de Halloween, que tiene orígenes paganos antiguos, vinculados a esta época del año en que el frío y la oscuridad avanzan, y que de hecho provoca la banalización del tema de la muerte.

Ante esto, hay que poner de relieve el valor cristiano de estas fechas con su significado específico.

TODOS LOS SANTOS

En el día de Todos los Santos celebramos tanto hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares, conocidos y desconocidos, que han vivido el camino del Evangelio y que ahora están con Dios por siempre. A lo largo del año celebramos muchos santos y santas: especialmente la Virgen María en sus diversas fiestas, aunque también los apóstoles, los mártires, y tantos y tantas que han sido testigos de fe y que la Iglesia nos propone como

modelos e intercesores. Pero nuestra convicción es que, además de los que hay en el calendario litúrgico y el santoral, son muchos más los que gozaron de la plenitud de la vida con Dios y con Jesús resucitado. El día de Todos los Santos (1 de noviembre) los recordamos a todos y todas, y esta fiesta nos anima a tener la esperanza de llegar también nosotros cuando llegue nuestra hora.



FIELES DIFUNTOS

Al día siguiente recordamos, con espíritu de oración, a aquellos que ya no están con nosotros, todos los fieles difuntos, los más cercanos y los lejanos o desconocidos, y afirmamos nuestra fe en la resurrección y la vida eterna que Dios nos ha prometido. A lo largo del año recordamos los difuntos: los que nos dejan y celebramos por ellos las exequias, las misas exequiales por los difuntos, tantas intenciones que se piden y que recordamos en nuestras misas habituales... Pero en este día (1 de noviembre) los recordamos a todos (y no mencionamos nombres en particular), porque son también tantos y tantas los que nos han precedido en el camino de la vida y de la fe. No han precedido en la muerte; Que no precedan también en el camino de la Vida.

LOS TEXTOS DE LA LITURGIA

Los textos bíblicos y litúrgicos nos ayudan a entender y celebrar las fiestas.

El día de Todos los Santos:

- ◇ Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero... Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero (1ª lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14).
 - ◇ El hombre de manos inocentes y puro de corazón, que no confía en los ídolos. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de la salvación. Esta es la generación que busca al Señor; que busca tu rostro, Dios de Jacob (del salmo 23).
 - ◇ Queridos hermanos: mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!... Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es (2ª lectura: 1ª Juan 3,1-3).
 - ◇ Bienaventurados los pobres en el espíritu... los mansos... los que tienen hambre y sed de la justicia... los misericordiosos... los limpios de corazón... los perseguidos por causa de la justicia...; de ellos es el Reino de los cielos... ellos alcanzarán la misericordia... ellos verán a Dios... Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo (evangelio: Mateo 5,1-12a).
 - ◇ Dios todo poderoso y eterno, que nos has otorgado venerar en una misma celebración los méritos de todos los santos, concédenos, por esa multitud de intercesores, la deseada abundancia de tu misericordia (colecta).
 - ◇ Haz que sintamos interceder por nuestra salvación a los que creemos ya seguros en la vida eterna (oración sobre las ofrendas).
 - ◇ Hacia ella, como peregrinos guiados por la fe, nos apresuramos jubilosos, compartiendo la alegría por la glorificación de los mejores miembros de la Iglesia, en la que nos concedes también ayuda y ejemplo para nuestra debilidad (prefacio).
 - ◇ Que, realizando nuestra santidad en la plenitud de tu amor, pasemos de esta mesa de los que peregrinamos, al banquete de la patria celestial (oración después de la comunión).
- Recordamos que Todos los Santos tiene categoría de solemnidad y, por tanto, se cantan el Gloria y el Credo; y el color litúrgico es el de las grandes fiestas: el blanco.

El día de los fieles difuntos

Hay varios formularios, tanto de lecturas como de textos litúrgicos, tomados todos ellos de las misas de difuntos. Presentamos algunos ejemplos:

- ◇ Yo sé que mi redentor vive y que al fin se alzaré sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios. Yo mismo lo veré, y no otro; mis propios ojos lo verán (Job 19,1.23-27a).
- ◇ El Señor es bueno para quien espera en él, para quien lo busca; es bueno esperar en silencio la salvación del Señor (Lamentaciones 3,17-26).
- ◇ Así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor. Pues para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de muertos y vivos (Romanos 14,7-9.10c-12).
- ◇ No queremos que ignoréis, hermanos, la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual modo Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto (1 Tesalonicenses 4,13-18).
- ◇ Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es (1ª Juan 3,1-2).
- ◇ Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resu-

cite en el último día (Juan 6,37-40).

- ◇ Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre (Juan 11,17-27).
- ◇ Escucha con bondad, Señor, nuestras súplicas para que, al confesar nuestra fe en tu Hijo resucitado de entre los muertos, se afiance también nuestra esperanza en la futura resurrección de tus siervos (colecta I).
- ◇ Oh, Dios, que hiciste pasar a tu Unigénito al reino del cielo, una vez vencida la muerte, concede a tus siervos difuntos que, superada su condición mortal, puedan contemplarte para siempre como su creador y redentor (colecta III).
- ◇ Por este sacrificio que hemos celebrado derrama, Señor, con largueza tu misericordia sobre tus siervos difuntos, y a quienes concediste la gracia del bautismo, dales también la plenitud de los gozos eternos (Oración después de la comunión III).
- ◇ En él brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección; y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad (prefacio I).

La celebración de los fieles difuntos es una Conmemoración, y por tanto no se cantan el Gloria y el Credo (a no ser que sea en domingo); y el color litúrgico es el morado.

VER NUEVAS TODAS LAS COSAS EN CRISTO

500 años de la conversión de san Ignacio de Loyola

A veces nos preguntamos si nuestra vida (o la de otra persona) puede cambiar, se puede transformar, de manera que integre con más y más profundidad y vivencialmente el mensaje de Jesús de Nazaret o bien, si es el caso, se lo descubra como fundamento firme desde donde construir o reconstruir la propia existencia.

Si miramos la historia de la Iglesia, descubriremos infinidad de hombres y mujeres que, en lugares, momentos y circunstancias muy diversas, han hecho

este paso en un momento determinado de su trayecto vital. Y si somos capaces de mirar con los ojos de la fe nuestra misma vida o la de los que están a nuestro lado, podremos descubrir estupefactos que este cambio —con más o menos acentuación— sucedió, se ha producido y se va produciendo a lo largo de nuestro camino vital y cristiano.

Este año celebramos 500 años de uno de estos episodios de transformación de la vida por la irrupción de Cristo, y todo gracias a una bala de cañón...



Todo proceso tiene unos orígenes más o menos lejanos y conscientes, pero en muchas ocasiones hay algún elemento concreto que permite establecer un inicio. Para Íñigo, el que ahora reconocemos como san Ignacio de Loyola, este proceso tiene el punto de inicio el 20 de mayo de 1521, ahora se cumplen 500 años, cuando aquel soldado cae herido a causa de una bala de cañón durante la defensa del castillo de Pamplona. Ese día se produjo una herida en la pierna, que con el tiempo y gracia transformaron la existencia y el horizonte de Ignacio, haciéndole caminar por senderos insospechados.



Sin embargo, para que esto se produzca y concrete, serán necesarios tiempo y discreción, maduración y movimiento interno y externo, porque este «ver nuevas todas las cosas en Cristo» vaya tomando un rostro mucho más definido: larga convalecencia en el hogar familiar en Loyola, lecturas deseadas (li-

bro de caballerías) que se convierten en lecturas inesperadas (la Vida de Cristo y de los santos); operación y recuperación muy dolorosa; el camino hacia Montserrat pasando por Arantzazu, la larga confesión y la «Vigilia de armas» en la que el caballero de armas se convierte en caballero de Cristo; la estancia en Manresa con sus periodos de consolación y de desolación, la práctica de los primeros ejerci-

cios con otras personas, trasladando su propia experiencia... y desde aquí una vida transformada que se convierte en experiencia para que los demás se animen a transformar, de un modo u otro, su vida.

Recordar que la transformación de Ignacio de Loyola es una oportunidad de dar gracias a Dios y de pedir que, de un modo u otro, Dios nos continúe trabajando para que «lo amemos y le sirvamos» más.

ENRIC TERMES

En esta entrega de MD 12 reeditamos la hoja verde *Todos los santos y fieles difuntos* (Año cristiano 62) donde se explica el valor cristiano de estas dos fechas, con el significado específico de cada una. Con esta reedición solucionamos algunos errores de maquetación de la versión anterior. Quien colecciona las hojas verdes puede sustituir la versión anterior por esta.



¡Grito de la tierra, grito de los pobres!

Por Bernabé Dalmau, a partir de la encíclica «Laudato si'» del papa Francisco

Una comunión universal

Por otra parte, cuando el corazón está auténticamente abierto a una comunión universal, nada ni nadie está excluido de esa fraternidad. Por consiguiente, también es verdad que la indiferencia o la crueldad ante las demás criaturas de este mundo siempre terminan trasladándose de algún modo al trato que damos a otros seres humanos. El corazón es uno solo, y la misma miseria que lleva a maltratar a un animal no tarda en manifestarse en la relación con las demás personas. Todo ensañamiento con cualquier criatura «es contrario a la dignidad humana». No podemos considerarnos grandes amantes si excluimos de nuestros intereses alguna parte de la realidad: «Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo». Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una ma-

ravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra (*Laudato si'*, 92).

No es cristiano ni humano malversar la creación. El espíritu de fe no solo nos habla de amarnos unos a otros y de respetar nuestro entorno sino también de «comunión universal». Se deberá educar a las nuevas generaciones, porque quizá nuestras inmediatas no han sabido tratar la creación como Dios quería. Respeto y amor en vez de malversación y explotación. Lo dice constantemente el papa Francisco: «Todo está relacionado».



PACIENTES COMO EL LABRADOR

Vivimos todavía en una situación en la que somos puestos a prueba a causa de la dichosa pandemia. Nos cuesta esperar pacientemente a que todo vuelva, poco a poco, a la ansiada normalidad en todos los aspectos que marcan la vida de cada uno de nosotros: el trabajo, la familia, los afectos, la escuela, el deporte, etc.

La paciencia es una virtud importante de la vida cristiana, como nos recuerda el apóstol Santiago: «Mirad: el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra, esperando con paciencia hasta que recibe la lluvia temprana y la tardía. Esperad con paciencia también vosotros, y fortaleced vuestros corazones» (Sant 5,7-8). Esto significa tener una mirada abierta y previsor, como la del sembrador que esparce la semilla y luego sabe esperar, porque no es él quien determina el tiempo necesario para su desarrollo, como también nos dice Jesús en su parábola.

Entre la siembra y la cosecha hay un largo periodo de espera en el que la semilla no se ve; un tiempo en el que el agricultor se mantiene a distancia... esperando que la semilla eche raíces, se desarrolle y produzca los frutos. Cada cosa a su tiempo.

En este nuestro «tiempo de espera» hasta que la pandemia sea controlada y, esperamos, luego definitivamente

vencida, quizá nosotros también, como el agricultor de la parábola, deberíamos dar un paso atrás, aprovechando para reflexionar y reconsiderar muchas cosas de nuestra vida, cómo tratamos la naturaleza, la fragilidad de esta sociedad nuestra, el desencanto de tantas ilusiones vanas... Tomar conciencia de que no somos dueños de la creación, sino custodios y huéspedes, que somos criaturas con capacidades increíbles, pero siempre frágiles y «finitas».

Por tanto, pacientes, pero no parados, no inactivos; la paciencia que se nos pide en este momento no debe reducirse al mero aguante de las molestias y el sufrimiento que provoca la presente coyuntura, y tampoco a una ilusoria expectativa de que todo pueda volver a ser como antes, de que recuperemos la ahora ansiada normalidad. La semilla esparcida por el sembrador se convierte en un arbusto y luego en un árbol que da frutos.

Que este tiempo de espera sea también para todos nosotros un tiempo de maduración, de gestación, que prepare una nueva primavera, una nueva estación en la historia de la humanidad purificada de tantos egoísmos y llena de nuevos frutos.

¡Aprendamos del labrador!

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LIII

Suscripción anual: 85,50 €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975